

los grandes problemas clásicos en torno a su estudio -tales como los *qualia*- siguen sin respuesta. Sin embargo, no podemos asumir que la experiencia de la subjetividad humana sea la única manera de experimentar la conciencia que existe y los estudios parecen apuntar a que no es algo que haya surgido una sola vez a lo largo de la historia de la vida en el planeta, sino que ha surgido en diferentes caminos evolutivos, muy distintos entre sí (p. 275). Ahí es donde hay un buen punto de partida para lo que viene: lo que se puede concluir es que la experiencia de “ser” algo no se puede demostrar -o, al menos, no se ha demostrado por ahora- en otros animales, pero mediante el estudio de la historia evolutiva de otras especies parece lógico apostar porque la subjetividad no es exclusiva de los vertebrados, sino que podemos rastrearla incluso en los artrópodos y cefalópodos. Sea como sea, *Metazoa* supone una gran aportación en el estudio de la mente animal, de la experiencia consciente y de la filosofía de la biología, dejando muchas sombras de cosas que no sabemos en el camino, pero un punto de luz por el cual guiarse.

ESPERANZA AGUILAR DE LA MORENA

GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, Martín. *Michel de Montaigne (1533-1592): La filosofía como ensayo (defensa de los animales)*. Madrid: Sínderesis, 2019, 430 pp. Prólogo de Óscar Parcero Oubiña. Epílogo de Jorge Cendón Conde. ISBN: 978-84-18206-02-3.

La filosofía del Renacimiento suele tener mala fama o, quizás, sería más acertado decir que carece de fama, si por ‘fama’ entendemos una «noticia extendida acerca de algo» (DLE). Y, efectivamente, hay unos doscientos años –cuando no más– en el quehacer filosófico de occidente que aparecen desdibujados, cuando no desconocidos, para muchos aficionados a conocer el devenir de la filosofía occidental, e incluso para muchos profesionales de la filosofía. Aunque no es este el sitio para indagar las razones teóricas de este hecho, sí quiero llamar la atención sobre el hecho de que en muy pocas titulaciones españolas de filosofía hay alguna disciplina dedicada monográficamente a la filosofía del Renacimiento. Y, como resultado de ello, acontece que nuestros estudiantes se gradúan sin un conocimiento, siquiera sea somero, de lo que aconteció en filosofía durante los 197 años que median entre la publicación del *De docta ignorantia*, de N. de Cusa, y el *Discours de la méthode*, de R. Descartes, por citar dos obras cuyo valor es indiscutible. Justamente a paliar, entre otras, esta deficiencia es a lo que viene el inestimable trabajo llevado a cabo por M. González Fernández.

Además de un prólogo (pp. 7-11), un epílogo (pp. 417-426), una extensa bibliografía (pp. 407-416) y un índice onomástico (pp. 427-430), el libro se compone de tres capítulos escritos en claves distintas. De estos tres, quiero destacar dos de ellos, no solamente porque sean los que más me han llamado a mí la atención, sino porque son los que destaca el propio autor al aludir a su contenido en el propio título del libro: el primer capítulo, «La filosofía como ensayo» (pp. 23-166), reflexiona sobre la intuición filosófica que hay en la elección del ensayo como *genus dicendi*; mientras que el tercer capítulo, «Como gatos y perros. El alma de los brutos en el Renacimiento: escépticos y libertinos» (pp. 235-408), es una exhaustiva investigación de la cuestión sobre si los animales participan o no de la *res cogitans*, por decirlo en términos cartesianos.

La factura del primer capítulo puede parecer extraña para un libro académico, pues carece del aparato crítico habitual en este tipo de obras, aunque no por ello no haya un impropio trabajo de erudición y de investigación detrás de todas y cada una de sus líneas; cosa a la que se refiere el propio autor en las páginas 19 y 20. Y esta aparente ausencia de carga erudita ha sido una elección muy consciente de González Fernández para que sus lectores puedan ver ejecutivamente cómo se filosofa mediante ensayos. Incluso el texto se escribe en primera persona del singular, como acontece en los propios *Essais*. Por su parte, la factura del tercer capítulo es justamente la opuesta: aquí se reflexiona sobre la cuestión de si los animales gozan o no de *res cogitans*, recurriendo a una erudición tan excesiva que en algunas páginas (Vg. pp. 387-392) el espacio dedicado a notas eruditas quintuplica el espacio dedicado al texto. Pero, más allá de las diferencias, los tres capítulos centrales de este libro resumen un aroma ensayístico que requiere del lector una actitud muy distinta de la que tendría si se enfrentase a un manual o a un artículo al uso. En este sentido, es de destacar el recurso habitual que se hace a la alusión, recurso cognoscitivo que requiere de una activa colaboración de un *suffisant lecteur* que sea capaz de desentrañar el valor del texto que tiene entre sus manos.

En resumen, estamos ante una obra que ya sería de gran calado si solamente fuese un trabajo meramente histórico sobre un filósofo renacentista. Además de eso, es también una obra de suma relevancia actual por, al menos, los dos asuntos a los que me he referido: 1) por ser un trabajo en el que se explora el valor filosófico del *genus dicendi* ensayo; y 2) por el estudio pormenorizado que se hace del asunto de la posible racionalidad de los animales, amén de las consecuencias que ello tendría como fundamento de opciones vegetarianas y veganas.

PEDRO J. CHAMIZO DOMÍNGUEZ  
*Universidad de Málaga*